

traba saber más que ellos de nuestra habla castiza; y, al mismo tiempo, aprovecharon plenamente de los ejemplos por Cuervo reunidos, notándose—dice con gracia el francés más enterado de nuestros asuntos,—que sus lucubraciones, muy bien documentadas en las cuatro primeras letras del alfabeto, decaen al faltarles el tesoro de citas por Cuervo reunido. Todo ello tuvo que ejercer sobre el espíritu de Cuervo acción depresiva, y el Diccionario quedó incompleto.

Trabajó después en revisar la famosa gramática de Andrés Bello, poniéndole notas y comentarios, é hizo en París nueva edición de este libro; y produjo también las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, que en pocos años lograron cinco ediciones. Como todo hombre repleto de conocimientos y doctrina, fué corrigiendo y aumentando Cuervo, de edición en edición, hasta la última de 1907, que es la quinta, noticias y materia bien elaborada á su primitivo trabajo, y dice el mismo francés á que acabo de referirme, Alfredo Morel Fatio, que hoy este forma una verdadera historia de los destinos del habla española en el Nuevo Mundo.

\*\*\*

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las esmeradísimas ediciones que publica la *Lectura*, y en que los clásicos españoles aparecen conforme á los textos primitivos y puros, elegidos con el más exquisito esmero, me traen á la memoria la personalidad de D. Rufino José Cuervo, el eminente filólogo bogotano, cuya pérdida está reciente, y que recibió tal desencanto al cerciorarse de que, los textos de los cuales se había servido jeran meramente reproducciones de ediciones del siglo XVIII, modernizadas por sus colectores! Cuervo hubiese sentido gran placer viendo la Biblioteca nueva, tan primorosa, de tan escrupulosa exactitud.

\*\*\*

Era Cuervo un maestro de la lingüística, una autoridad fundamentada en serios estudios y trabajos, que comenzaron con su mocedad y no se interrumpieron hasta su muerte. Su ambición consistía en dotar á la lengua castellana de un Diccionario general, fundado en la historia y la gramática comparada de las lenguas romances. La escasez de materiales y libros con que al principio tropezó: le obligaron á un tema más restrictivo. Dos tomos llegó á publicar del *Diccionario de Construcción y régimen de la Lengua castellana*, uno en 1886, otro en 1893; y no dió cima á la empresa por varias razones, figurando entre ellas la deficiencia de los textos consultados, á la cual no podía resignarse el concienzudo trabajador.

Le descorazonó también, no sólo la convicción de que tendría que renacer escrupulosamente los volúmenes publicados ya y revisar de nuevo todos los apuntes tomados para los otros, sino el observar que en España era donde menos interés había despertado la aparición de obra tan importante. ¿Qué tendrá la ilusión, que así domina y mece y aduerme en sus brazos por igual, á sabios y á ignorantes? El que consagra interminables horas á una labor ardua, que le produce, hablando en lenguaje concreto y positivo, bien poca cosa; el que confina su vida entera entre las paredes de un gabinete solitario ó en los fríos salones de una Biblioteca; el que camina como impulsado por un mágico poder, ¿cómo no ha menester que le sostenga un idealismo? Y el idealismo que sostenía á Cuervo era ese grande y misterioso amor hacia España que han sentido y proclamado tantos extranjeros, lleven ó no en las venas, como llevaba Cuervo, sangre hispánica pura. Nuestras magnificencias pasadas han engendrado ese entusiasmo de algunos espíritus escogidos, que, entendiéndonos mejor ó peor, equivocándose frecuentemente en la apreciación de los hechos, no dejaron por eso de acertar en el sentimiento irresistible que los impulsaba á ahondar en nosotros. Cuervo profesaba ese culto de lo antiguo español, y creía que nos daríamos por enterados cuando nos offendaba un monumento. No sabía que el primero y más claro síntoma de las decadencias es la pérdida de la conciencia de sí mismo. Este fenómeno tristísimo ¡cuántas veces se nota, y qué desaliento infunde! Mientras toreros y cupletistas se hacen populares, nombres como el de Cuervo no los estampan ni una vez al año los órganos de la publicidad.

No solamente cayó entre el silencio mortal de prensa y círculos llamados «literarios» el trabajo de Cuervo, sino que, faltándole la resonancia, no le faltó la censura. Saltáronle encima algunos puristas y gramáticos, airados contra el bogotano que demos-

Cuervo, en su país fué cervecero. Había nacido en 1844. Su padre era un abogado, el Dr. Cuervo, como allí se dice, que llegó á vicepresidente de la República de Bogotá, y, como mucha gente de su época, como fué mi padre, era á la vez ferviente católico y liberal de corazón. El hijo, ajeno á la política, se entregó al estudio del latín y al romancismo. Su vocación filológica se despertó con dos libros, la *Gramática castellana* de Bello, y la *Gramática latina*, de Bournouf. Por la puerta de estos dos tratados entró en los dominios de la lingüística, que tanto iban ensanchándose, porque las ciencias del lenguaje han dado en la segunda mitad del siglo XIX, gigantescos pasos. Durante la revolución que trastornó á su país, y cerró los establecimientos de enseñanza, Cuervo se dedicó libremente al estudio que prefería. Escribió una *Gramática latina*—para reemplazar á la inservible de Nebrija—en colaboración con Miguel Antonio Caro, y, hasta aquí, no parece la cerveza: Cuervo se nos presenta como es natural suponerlo, enseñando latín y desenvolviendo sus aptitudes de filólogo. Pero un hermano del profesor, D. Angel Cuervo medio arruinado por las vicisitudes políticas, emprendió, para restaurar su hacienda, la fabricación de la cerveza, industria hasta entonces desconocida en Bogotá. Reclamó la colaboración de su sabio hermano, y éste accedió á una ocupación que exigía muchas pruebas y ensayos, hasta lograr éxito satisfactorio. Cuervo alternaba el lavado de las botellas y envases, con los trabajos preparatorios del *Diccionario de construcción y régimen*.

Al cabo, la fábrica de cerveza fué negocio claro y brillante, y entonces los hermanos la traspasaron, y pudieron, con el capital adquirido, trasladarse á París. Habían granjeado ya ese modesto desahogo que basta al filósofo y le permite entregarse á sus nobles aficiones. Cuervo, como sabemos, pensaba en el *Diccionario*, obra colosal, superior á las fuerzas de un solo hombre. Otros filólogos han intentado lo mismo, ó acaso menos. El *Diccionario* á secas, y hubieron de desistir. Nos hace muchísima falta por cierto ese libro, pues no conozco nada más pobre ni más erróneo que el oficial de la Academia; sería de desear que uniesen sus esfuerzos media docena de personas de altura, competentes, y bajo la dirección de un hombre de la capacidad de Cuervo, diesen cima á la aventura: menos de media docena, no creo que puedan acometerla, porque la voluntad es una cosa y el tiempo y las condiciones materiales que reclama todo trabajo, aun intelectual, son otra.

Tropezaba Cuervo, además, para el Diccionario general, con la falta de Dictionarios especiales, que no existen en castellano, ó poco menos. Son estos Dictionarios especiales más útiles aun que los generales, cuando están bien hechos; pero si, (como el *Diccionario de cocina* de Angel Muro, verbigracia), se limitan á reproducir las equivocadas y caprichosas definiciones del académico, ó á diluir palabras en digresiones, su utilidad es nula.

Con los dos volúmenes de su Diccionario, que sólo comprenden las cuatro primeras letras del alfabeto, y sólo incluyen las palabras que desempeñan papel en la sintaxis, tuvo Cuervo bastante para invertir muchos años de su existencia. Sólo leer á Lope de Vega, en la edición Rivadeneyra, le llevó un año. ¿Qué sería si lo hubiese leído en la que Menéndez y Pelayo publica!

\*\*\*

Haber emprendido la obra, aunque hubiese de dejarla sin concluir, es honra y gloria de este hom-

bre eminente. Merece que le recordemos los españoles, á cuya lengua sublime rindió tan espléndido homenaje.

Cuervo, en París, vivió retirado, en compañía de su hermano, en una casa de la calle de Meissonnier. La casa no era la huraña residencia del ratón de biblioteca, sino un interior confortable y montado según el gusto moderno, y los cuidados fraternales de Angel permitían á Rufino prescindir de lo material y aislarse y embeberse en sus estudios. Parece que este hermano cariñosísimo era también muy aficionado á escribir, y se consagraba á la novela, al drama, á la crítica, á la historia. Yo no conozco página alguna de Angel Cuervo, y sin embargo, los géneros á que se dedicaba me son más familiares que la filología. Los trabajos de su hermano, en cambio, llegaron á mi noticia desde muchos años ha. Parece esto indicar que las aficiones de Angel le engañaban, y no era lo que se llama un escritor.

Leyendo la descripción de cómo trabajaba Rufino Cuervo, se ve que ese hombre pertenecía al número de los que, en otro tiempo, hubiesen encerrado su labor en algún convento de Benedictinos. Los conventos ofrecían dos ventajas: la primera, la soledad y aislamiento, no sólo del cuerpo, sino del espíritu, la concentración segura en la idea fija de una tarea emprendida, que basta para llenar todas las horas; la segunda, la cooperación efectiva de los hermanos en religión, que se convertían en copistas, transcritores, traductores, anotadores, y recogían de buen grado las espigas del campo erudito, sin pensar en comer el pan de la fama. Mejor dicho; en los conventos, la vanidad individual era reemplazada por la colectiva, y la gloria del convento era gloria de todos; el caso se dió con el Padre Feijóo, orgullo de los Benedictinos. El «Padre Cuervo» hubiese sido la preza de alguna poderosa Comunidad, y en ella encontraría los heraldos de su fama y los vindicadores de su razón. ¡Lástima grande que estas épocas hayan pasado, y cruel soledad la del sabio de gabinete, aun encontrando abnegaciones cariñosas como la que demostró Angel á Rufino! Un hombre muere, como murió Angel, dejando á su hermano en la mayor tristeza; y el convento vive siempre, y en esas Comunidades sabias, á una abeja sucede otra abeja laboriosa.

Hay quien cree que la muerte de Angel Cuervo tuvo la culpa de la suspensión del Diccionario. De vivir el que animaba á Rufino en su tarea, por lo menos hubiese hecho gemir las prensas el tercer volumen, cuyos materiales estaban preparados del todo.

Con la pérdida del compañero de su vida, vinieron para Cuervo otras contrariedades quebrantando de intereses, achaques, inevitables en la ancianidad. La resistencia para el trabajo intelectual disminuyó también; hasta la conversación, ese licor del cual nunca nos saciamos, llegaba á fatigarle. Luchaba, sin embargo con el ardor del hombre que se ha consagrado á una tarea, y siente que sus fuerzas disminuyen, que el tiempo huye, y que es preciso aprovechar los últimos días concedidos por el destino. La corrección de pruebas le ocupaba mucho y los que sabemos que ésta es la más penosa faena de cuantas comprende la profesión, compadecemos al viejo filólogo, porque no pueden compararse pruebas tan técnicas, como las que él tenía que corregir, con las literarias.

\*\*\*

Un aspecto interesante de la personalidad de este hombre de ciencia, era su religiosidad, casi su misticismo, en lo cual se revelaba bien su origen español, el espíritu de su raza, que, cuando hizo cosas grandes, las hizo impulsada por las fuerzas de la fe. Cuervo oía misa todos los días; se confesaba á menudo; llevaba ceñido el cordón de los Terciarios franciscanos; se empleaba en obras de caridad, y hasta se quitaba en la calle prendas de ropa para vestir á los pobres. Cuando ya se sintió gravemente enfermo y no pudo ir por su pie á la iglesia, pidió el Viático, y él mismo preparó el altar, adornándolo con vasos de flores y candelabros de plata; hecho lo cual, sacó el frac, que no se ponía hacía tiempo, se vistió de rigurosa etiqueta, y esperó á su Dios. Así, en los hombres que nacieron en otro hemisferio del mundo, reaparece España, reaparecen en nuestros más típicos aspectos, inconfundibles, de hidalgos, ascetas, espiritualistas..., y científicos; porque la filología, la gramática, en días lejanos, también fueron ciencias nuestras, y el mismo arranque que tuvimos para la conquista, tuvimos para romper codos de bayeta y consumir aceite de lámparas. Cuervo nos pertenece, á pesar de su ardiente patriotismo bogotano, y su obra es, en suma, cosa de España.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.